

P. Alfonso Ruiz, ocd



Estilo de Humanismo

Burgos - 2020

INDICE

Nunca me faltó.

Un humor singular.

No me ha hecho reír poco.

Dar contento.

Virtud ser agradecida

Generosidad.

Oh, válgame Dios.

Amor a la verdad

Andar en verdad.

Sacar en limpio la verdad

Con toda verdad.

Perdida por la llaneza.

Con toda verdad y llaneza.

Nunca buen letrado me engañó.

Sabía mal cantar.

Con no ser poeta.

Cuando veo alguna cosa hermosa.

Estilo de Humanismo

Hemos hablado hasta ahora de diferentes aspectos del estilo teresiano que ha de caracterizar la vida de quienes nos decimos sus seguidores. Y los distintos campos en que ese estilo ha de apreciarse han aludido, por principio, a la dimensión más trascendente de nuestra vida: nuestra vocación religiosa, por la que hemos sido llamados a formar un pequeño Colegio de Cristo, a vivir en fraternidad, a buscar la santidad como ideal, y el ejercicio de las virtudes como medio para alcanzarla y a la vez como fruto de la misma.

Pero sería incompleta nuestra reflexión, y nos quedaríamos sin percibir un aspecto importante de la vida, de la doctrina, del *estilo* teresiano, si no descendemos un peldaño de esa trascendencia y nos situamos a ras de tierra, y nos adentramos, siquiera un poco, en la dimensión más humana, tanto de la Santa como de la obra —que fin de cuentas— ella ha plasmado su ideal.

En realidad, no se trata, en modo alguno, de un aspecto paralelo y separable de cuanto hemos visto, sino más bien del sustrato sobre el que se asienta, porque —sabido es en una apreciación elemental y sin entrar en honduras teológicas— que, en fin, lo sobrenatural —como indica la propia palabra— se levanta y edifica sobre lo natural, y que no hay santidad posible que no parta de la humanidad de quien ha sido llamado a ella.

Entendiendo por humanidad, en este caso, ese cúmulo de cualidades, de capacidades simplemente humanas, de que una persona ha sido dotada y que forman, por lo mismo, el cimiento, la tierra sobre la que se construye luego la santidad, que siempre estará afectada por ese barro con el que se ha construido.

Pues bien, no creo que, a estas alturas, nadie que conozca un poco la vida y la obra de Teresa pueda dudar que su santidad sobresale y se ha hecho, en cierto modo, más cercana a la gente, por esas cualidades de humanidad de que ella estaba adornada. Sus dotes naturales han hecho su santidad más atractiva.

Y como la fuerza de esos dones era en ella tan poderosa, tan honda, diríamos que tan instintiva, pues sin querer los ha proyectado en su obra y con ello le ha dado, también sin pretenderlo, una caracterización de estilo singular. Es lo que se ha dado en llamar el **humanismo teresiano**.

Un humanismo que, lejos de convertirse en un valor absoluto, paralelo al ideal de la santidad, le sirve de base, por lo que debe quedar claro, desde el principio, que invocar ese humanismo no es invalidar nada de lo trascendente ni de las actitudes que exige la respuesta a la vocación a la santidad... Es solo tener en cuenta el elemento base con que contamos para construir con mayor realismo y mayor provecho. Y que ese ideal de la santidad quedará tanto mejor logrado cuanto quede embelecido por esas dotes naturales que al estilo teresiano nosotros hemos de cultivar si las tenemos y de adquirir si nos faltan... Vamos a detenernos, sin agotarlas, en algunas de ellas como punto de reflexión y aprendizaje.

Nunca me faltó

Quizá la primera de todas, la que aparece con verdadera fuerza más precozmente, y será una constante hasta que se muera, es su **capacidad de adaptación a la vida, de ser y sentirse feliz donde quiera que esté**. Como una aceptación serena de sí misma y de todo aquello que la vida —Dios des-

de ella, por supuesto— le va poniendo delante. Y no es que su vida haya sido fácil ni un camino de rosas, Dios lo sabe. Pero a todos los contratiempos les ha desbordado su innata capacidad de gozo... Baste recordar algunos detalles desde sus palabras. Su primer gran dolor y lágrimas los enjuga de inmediato, acudiendo a la Virgen para pedirle que sea su madre, y eso la tranquiliza y serena (V1,7). Apenas ha ingresado en las agustinas tras aquella experiencia alegre de sus devaneos con los primos, y a pesar de que le duele la ruptura “y más la sospecha que tuve se había entendido la vanidad mía”, a los ocho días ya estaba “muy más contenta que en casa de mi padre” (2,8).

Entra luego en la Encarnación, y a pesar de experimentar aquel descoyuntamiento, que “no será más el sentimiento cuando me muera” (V 4,1) por la huida de la casa paterna y confiesa que “a la hora me dio un tan gran contento de tener aquel estado que nunca jamás me faltó hasta hoy” (V 4,2). Y lo dice cuando van a cumplirse treinta años de aquel ingreso. Contento que se le acrecienta cada vez que, cumpliendo alguna obligación religiosa, se siente libre de las exigencias mundanas (ib).

No hace mucho que ha profesado con gran contento (V 4,3) y tiene que hacer frente a una grave enfermedad, que la deja, al fin, tullida por tres años... Siente en un principio, como es natural, una tristeza profunda por ello, pero pronto reacciona y de tal manera recupera su habitual alegría que “edificaba a todas... pues parecía imposible sufrir tanto mal con tanto contento”, y todo lo pasa con “gran alegría” (V 6,2). Y esto será algo connatural en ella... De modo que no encuentra para sus males —que se convierten en habituales— mejor medicina y alivio que pasarlos con “muchísima alegría” (V 30,8).

Cuando un día se decide a marchar de la Encarnación, lo que más siente es tener que dejar aquella casa, donde estaba “contentísima” (32,9), tanto por la casa misma como por tener muchas amigas (V 36,8). Y refiriéndose a este proceso de la nueva fundación de San José, señala que cuando el confesor le prohíbe seguir intentándolo “con tanta facilidad y contento lo dejé como si no me hubiera costado nada” (V33,2).

Precisamente, en ese tiempo, le mandan ir a casa de D^a. Luisa en Toledo, y estando allí es cuando debe volver apresuradamente, avisada por el Señor para dar los últimos pasos: Venía a pasar gran cruz, dice ella, y con todo venía yo alegre, y estaba deshecha de que no me ponía luego en la batalla” (V 35,10). Y cuando al fin la fundación se ejecuta y ella es llamada a la Encarnación para dar explicaciones y se ha levantado un tumulto contra ella, nos confiesa: “Todo no me hacía ni algún alboroto ni pena, aunque yo mostraba tenerla porque no pareciese tenía en poco lo que me decían” (V 36,13).

Esta capacidad de Teresa para salvar las dificultades con alegría y ser feliz en medio de los contratiempos y los problemas viene a ser también para ella la prueba más evidente del arraigo en la virtud, en la vocación. De modo que la alegría será, por eso, igualmente una virtud que ella resalta entre las notables que ve en sus monjas. Así hace mención expresa de la que tienen las primitivas de San José “llevánlo con una alegría y contento, que cada una se halla indigna de haber merecido venir a tal lugar” (V 35,12). Y el “gran contento y alegría y poco trabajo que en estos años que ha estamos en esta casa, vemos tener todas y con mucha más salud que solían” (36,9) está la mejor prueba de que es posible tal género de vida.

Y la misma alegría serena siguió manteniendo después, cuando se iniciaron las demás fundaciones, y a pesar de todas las dificultades de los caminos y los quehaceres fundacionales. “Que iban todas con gran contento y alegría” (F 24,6). Baste recordar la que sentían a su contagio las monjas en Toledo, en medio de aquella pobreza extrema, cuando ni una seroja tenían para asar una sardina. De modo que, al fin, concluye: “Era tanto el consuelo interior que traíamos y la alegría que muchas veces se me acuerda lo que el Señor tiene encerrado en las virtudes” (15,14) y antes había dicho:

“Verdaderamente he visto haber más espíritu y aún alegría interior cuando parece no tienen los cuerpos cómo estar acomodados” (F14,5).

Este resaltar la alegría de los demás es algo que a ella le complace especialmente. Así lo hará de la Hna Beatriz, descalza de Valladolid, que la demuestra tanto en la obediencia, como en la enfermedad y la muerte. (F 12,). O del P. Antonio de Jesús, al que, en su visita a Duruelo, lo encuentra bariendo con ese “rostro de alegría que tiene el siempre” (F 14,6). O aquel Nicolás Gutiérrez que ayuda en Salamanca “que había tenido muchos trabajos y vístose en gran prosperidad, y había quedado muy pobre y llévalo con tanta alegría como la riqueza” (F 19,2).

Teresa siente especial alegría cuando las nuevas fundaciones quedan ya del todo asentadas (19,6) y, de manera particular, cuando ve que la tienen las monjas, como dará fe en la fundación misma de Burgos, entre otras: “la alegría de la buena Catalina de Tolosa y de las hermanas era tan grande que a mí me hacía devoción” (F31,45).

Vemos, pues, que la alegría pasa a ser, desde el primer momento, como una especie de patrimonio común de quienes viven la vida que ella propugna y un baremo para medir el grado de adaptación a la misma: “Todo lo tenemos aquí junto...porque vida es estar con esta ordinaria alegría que ahora todas traéis” (27,12). Por eso, certifica “el gran contento y alegría que les da ver que no han de tornar a tratar con cosas de la vida” (C 20,1). “Ni dejen d andar alegres, ni se estén afligiendo, sino como si tuviesen otra enferma” dirá a María de san José, respecto a una demente (248,5) “Espero en su bondad (de Dios) que lo ha de remediar presto todo. Por eso, procuren estar alegres” dirá a la misma, cuando arrecian los contratiempos.

Vivir y sentirnos felices es una apetencia íntima de cualquier ser humano y no hay razón nunca para desechar ese afán y establecerse en la infelicidad, y hacerlo sería el principio de una vida de desazón y amargura, que como la Santa dijo: “un alma descontenta es como quien tiene gran hastío, que por bueno que sea el manjar le da en rostro, y de lo que los sanos toman gran gusto comer, le hace asco en el estómago”.

Claro que ningún diagnóstico tan rotundo para decir lo que puede causar esta infelicidad personal como el que hace al P. Gracián en una carta cuando dice que a una monja descontenta “yo la temo más que a muchos demonios” (C 13,7).

La única tristeza que la Santa se consentía era la de no ser lo fiel que debiera al Señor, la de dolerse y llorar sus pecados. Y, a decir verdad, es la única legítima. Fuera de ella, la alegría, el aceptar serenamente la vida y sus contratiempos, el sobreponerse a todos con alegría, no es privilegio ciertamente ni de Teresa ni de los suyos. Pero un rasgo de su humanismo que no solo debemos admirar sino tratar de revivir, pues al fin, además, es para nuestro beneficio.

Un humor singular

Como una derivación directa de este espíritu alegre que tenía la Santa, debemos anotar también otro matiz singular, que responde, por supuesto, a una cualidad innata suya, que no es fácil improvisar si no se tiene, pero que no deja de ser deseable si fuera posible, ya que pone un colorido alegre en la vida y en las realidades que nos afectan. Se trata del humorismo.

El humor es como la quintaesencia de la alegría... Es como una lente que ayuda a ver todas las cosas de diferente manera, con un tono menos hiriente del que a veces tienen. Y todo, desde las propias limitaciones a las ajenas. No hay que confundirlo con el tono burlón o sarcástico con que algunos miran lo ajeno, pero que son incapaces luego de soportar esa misma ironía de los demás. El

humor es una actitud cordial, llena de benevolencia, que lleva a mirar con ojos comprensivos la vida, las preocupaciones, las personas.

Que la Santa poseía esa cualidad escasa es voz de dominio común y, aunque haya no poco de leyenda en las anécdotas que se le atribuyen, hay otro mucho de real. Basta espigar un poco en sus escritos. Así, por ejemplo, aludiendo a la sociedad en que vivía, tan amiga de títulos y cumplimientos, de los que no dispensa a los religiosos, dice ella: “¿Y es verdad que en las religiones, que de razón habías en estos casos de estar disculpados, hay disculpa? No, qué dicen que los monasterios han de ser corte de crianza y de saberla. Yo cierto que no puedo entender esto. He pensado si dijo algún santo que había de ser corte para enseñar a los que quieren ser cortesanos del cielo, y lo han entendido al revés... Aún si se pudiera deprender de una vez pasara, mas aún para títulos de cartas, es ya menester haya cátedra, adonde se lea cómo se ha de hacer, a manera de decir, porque ya se deja papel de una parte, ya de otra, y a quien no se solía poner magnífico se ha de poner ilustre” (V37,11).

Luego, en el mismo tono de humor, avisa en el Camino a sus monjas que será necesario conocer los usos del mundo a veces, “pues si no enviaros han por simple, y no negociareis nada” dice y añade esta deliciosa anécdota: “A mí me acaeció una vez, no tenía costumbre a hablar con señores, e iba por cierta necesidad a tratar con uno que había de llamar señoría, y es ansí que me lo mostraron deletreado. Yo como soy torpe, y no lo había usado, en llegando allá no lo acertaba bien; acordé decirle lo que pasaba, y échalo en risa, porque tuviese por bueno llamarle merced, y así lo hice” (CE 37,1).

Y en las mismas páginas del Camino ironiza sobre cómo en el mundo se valora a las personas por la riqueza o los títulos: “Basta que digan quién fue su padre y los cuentos que tiene de renta y el ditado, no hay más que saber, porque acá no se hace cuenta de las personas para hacerlas honra, por mucho que parezcan, sino de las haciendas” (C38,4).

Y si de lo mundano pasamos a lo espiritual, no faltan tampoco esos golpes de humor. Dice, por ejemplo: “Yo gusto mucho algunas veces de ver unas almas que cuando están en oración les parece querrían ser abatidas y públicamente afrentadas por Dios, y después una falta pequeña encubrirían si pudiesen; o que si no la han hecho y se la cargan, ¡Dios nos libre!” (5M 3,10).

Y antes había comentado de los que entran en las terceras Moradas: “las penitencias que hacen estas almas son tan concertadas como su vida. Quiéranla mucho para servir a Nuestro Señor con ella, que todo esto no es malo, y así tienen gran discreción en hacerlas, porque no dañen a la salud: ¡No hayáis miedo que se maten!” (3M 2,7).

Ya en la autobiografía, había escrito invitando a no hacer caso de los gustos o sequedades en la oración: “Para mujercitas como yo, flacas y con poca fortaleza, me parece a mí conviene... mas para siervos de Dios, hombres de tomo, de letras, de entendimiento, que veo hacer tanto caso de que Dios no les de devoción, que me hace disgusto oírlo” (V 11,14).

Aunque suele ser en las cartas donde más aflora este humorismo. Y donde con una sola frase queda retratada una persona. Así, dice nada menos que a Felipe II, refiriéndose al vicario provincial que ha causado molestias serias a las monjas cuando la elección machucada: “Y sobre todo hales quitado este los confesores, que dice le han hecho Vicario Provincial y debe ser porque tiene más partes para hacer mártires que otros” (Cta. 218 al Rey don Felipe II, en Madrid. Avila, 4 diciembre 1577, 4).

De una sola pincelada describe igualmente al Nuncio Segá del que escribe a Gracián: “Para personas perfectas no podíamos desear cosa más a propósito que el Señor Nuncio, porque nos ha hecho

merecer a todos.” (Cta. 290, 2). y en la misma carta había escrito: “Plega a Nuestro Señor que lo goce pocos días, aunque enseguida añade: no digo faltándole la vida”. (ibid.). Sobre el mismo escribirá en Fundaciones: “Murió un Nuncio santo que favorecía mucho la virtud y así estimaba los descalzos, vino otro que parecía le había mandado Dios para ejercitarnos en padecer” (F 28,3).

En esto de calificar a las personas tenía una especial habilidad. Dice, refiriéndose a Doria: “No dejo de tener alguna sospecha que con cualquier ocasión para estarse en Sevilla se holgaría; si se lo levanto, Dios me perdone” (325,12),

No me ha hecho reír poco

Y más aún para manifestar sus quejas con humor holgádome he que se ofrezca ocasión, para que yo pueda hacer saber a vuestra merced de mí, ya que vuestra merced se descuida tanto de hacerme saber de sí” (48,1). En otra carta dice a Gracián: “Diga vuestra paternidad al Padre Fray Antonio muchas encomiendas... y que porque me parece que es hablar con mudo y sordo, no le quiero escribir” (Cta 375, 1) Y en otra ocasión escribe a Sevilla: “Al P. Mariano dé mis encomiendas, y que ya quiero procurar la perfección que ellos tienen de no escribirme” (Cta 114,4).

A pesar de lo cual, ella escribe: “¡Oh válgame Dios, y qué aparejada condición tiene para tentar! Yo le digo que debe ser mucha mi virtud, pues hago esto, y lo peor es que he miedo ha de pegar a mi padre Padilla algo de su condición, pues no me escribe ni envía unas encomiendas, también como vuestra Reverencia. Dios los perdone” 106,1).

Contestando a Gracián, que le ha dicho en broma que no le juzgue, escribe la Santa: “Que no me ha hecho reír poco ni holgar, sino que cada vez que se me acuerda, me da recreación cuán de veras parece dice no juzgue a mi prelado. Oh mi padre, y qué poco había vuestra paternidad menester jurar, ni aún como santo, cuanto más como carretero” (242,2).

Y en carta a D. Teutonio de Braganza le dice: “Yo tengo ahora alguna salud, para como he estado, que a saberme tan bien quejar como vuestra señoría, no tuviera en nada sus penas” (67,3).

En otra ocasión, en referencia a lo que hay que tener en cuenta al recibir nuevas monjas, apunta con gracia: “En aquella casa de Segovia dimos ahora el hábito, a una, aunque es muy bonita, y no llegará a más de esto. La casa es muy pobre y hay muchas monjas y muy pocas (que tengan algo). Y aún en estotros monasterios, aunque hay mucha santidad, no hay mucha ropa” (116,2).

Podríamos seguir citando otros ejemplos y en particular esas dos páginas singulares del Desafío Espiritual y del Vejamen, donde ironiza, por ejemplo, de Salcedo diciendo: “Y lo peor de todo es que si no se desdice habré de denunciar de él a la Inquisición, que está cerca. Porque después de venir todo el papel diciendo; esto es dicho de san Pablo y del espíritu Santo, dice que ha firmado necedades. Venga luego la enmienda, si no verá luego lo que pasa”. Ninguna página de la Santa pone ciertamente de manifiesto este humor singular suyo, al que ella misma se refiere con gracia cuando dice a su hermano D. Lorenzo después de recordar unos versos que había hecho hacía unos años: “Mire qué seso de fundadora” (172, 24). Humor que no es fácil improvisar ni va con cualquier carácter, pero que es indudablemente una cualidad de su estilo vital que quien la alcanza se adentra más en el estilo teresiano y participa más de su humanismo.

Dar contento

Y de este vivir alegres y felices, valorando incluso la vida y a uno mismo con cierto humor, por encima de las dificultades o contratiempos de la vida, nace, de inmediato, otra cualidad de su humanismo que igualmente arranca de sus dotes naturales y que ha practicado con elegancia: el dar

contento a los demás, el procurar que sean felices, que se sientan a gusto. Hablando de su ingreso en las Agustinas, nos dirá ella con ingenuidad: que además de sentirse contenta, “todas lo estaban conmigo, porque en esto me daba el Señor gracia, en dar contento adondequiera que estuviese, y así era muy querida” (V 2,8).

Y en prueba de este afán, nos cuenta ella luego cómo hacía de lectora a su tío don Pedro, cuando iba camino de Becedas, de libros que no eran precisamente los que a ella le gustaban.. El texto es hermoso y sin desperdicio. “Hacíame le leyese, y aunque no era amiga de ellos, mostraba que sí, porque en esto de dar contento a otros he tenido extremo, aunque a mí me hiciese pesar” (V 3, 4).

He ahí la clave de verdad, si se quiere contribuir y buscar la felicidad del otro, sea quien sea. Es necesario olvidarse de sí mismo si se quiere hacer felices a los demás. Porque en la mayoría de los casos, los gustos son tan diferentes como las personas, y cada una tiene los tuyos. Y no se puede complacer los del otro sin dejar de lado los propios.

Teresa remata humilde su confesión hablando de una falta de discreción en esto, que al menos en el caso que cita no vemos: “tanto que en otros fuera virtud, y en mí ha sido gran falta, porque iba muchas veces muy sin discreción” (V 3,4). Y que la discreción haga falta para practicar la virtud no hay duda. Pero tampoco de que sea virtud el olvidarse uno de sí para contentar al otro. Lo ha dicho también la Santa: “que esta fuerza tiene el amor si es verdadero, que olvidamos nuestro contento por contentar a quien amamos” (F 5,10). Y en la vida ha explicado igualmente la raíz de este placer de querer hacer felices a los otros, que no es sino el amor que se le tiene, que es comparable a una joya de la que me desprendo por regalarla... Dice ella: “y como este contento de contentarla, excede a mi mismo contento, quítase la pena de la falta que me hace la joya o lo que amo y de perder el contento que daba” (V 35,11).

Y bastará leer el epistolario para encontrarnos con manifestaciones sobradas de este afán de la Santa por complacer a todos. Baste este botón de muestra. Cuando recibe en Sevilla la noticia de que sus hermanos regresan de América, escribe apresurada a Juana de Ahumada, la otra hermana: De aquí a dos o tres días me dicen que vendrán. Por su contento le tengo de que me hallen tan cerca (Cta. 87, 2) Y por complacer a los amigos, dará rodeos, sufrirá penalidades en los caminos, escribirá cartas, renunciará a deseos.

No hay duda, pues, que el dar contento, el afán de complacer, de hacer felices a los demás en sus pequeños deseos o necesidades, aunque haya de ser siempre el precio del olvido de uno mismo, y practicado además con la elegancia de quien lo hace disimulando su posible disgusto, como Teresa lo hacía, es virtud de elevada cotización. Y el que para unos sea ya una tendencia natural no quiere decir que no puedan lograrla quienes no la sienten así. En todo caso, si hemos de tener en cuenta el ejemplo de la Santa, no podemos negar que el practicarla sea parte viva del estilo teresiano.

Virtud de ser agradecida

Otro matiz innegable de su humanismo, que caracteriza el estilo teresiano y que ella misma nos propone como virtud que practicar es la gratitud, el agradecimiento, el saber valorar todo lo que tiene de gratuidad y de don o que recibimos, y que conlleva el procurar corresponder también en la medida de lo posible a quien de una forma o de otra nos ha beneficiado.

No es una afirmación gratuita —puesto que ella misma la hace— el decir que la gratitud fue una de esas virtudes naturales que ella ha practicado sin esfuerzo, con naturalidad, y de la que nos ha dejado, por lo mismo, un ejemplo estelar... Ya al comienzo de su autobiografía nos dice, aunque poniendo sombras en su virtud que “esto tenía yo de gran liviandad y ceguedad, que me parecía virtud ser agradecida y tener ley a quien me quería” (V5,4). Pero, en verdad, no había tal liviandad.

Pues con ello explica cómo por gratitud intensificó su cariño hacia el cura de Becedas para ganárselo y así librarle del mal estado en que estaba. Después, también en *Vida* nos dirá sorprendida de que no le haya costado más separarse de su amiga D^a Luisa para volver a Ávila: Con ser yo de mi condición tan agradecida que bastara en otro tiempo a fatigarme mucho, y ahora, aunque quisiera tener pena no podía” (V 35,11).

Luego, aludiendo a esa condición natural suya, dirá en carta a María de San José: “Bien veo que no es perfección en mí, esto que tengo de ser agradecida, debe ser natural, que con una sardina que den, me sobornarán” (264,1).

Ser agradecidos nos lleva, en primer lugar, a valorar todo lo que recibimos del Señor y a agradecerse de todo corazón. Así nos dirá en la misma *Vida*, hablando en tercera persona: Si de suyo es amorosa y agradecida más la hace tornar a Dios la memoria de la merced que la hizo, que todos los castigos del infierno que se le representan” (V 15,15). Y, en razón de ello, invita a agradecer a Dios sus dones, que nos da sin ningún merecimiento (V10,4). Y en particular, “agradecer al Señor que nos deja andar deseosos de contentarle, aunque sean flacas las obras” (V12,3).

Luego habrá de venir la gratitud a los humanos por lo que hacen por nosotros, con preferencia, desde luego por la ayuda que nos prestan en lo espiritual... Es curioso advertir que en cierta ocasión, sintiendo la Santa ciertos escrúpulos si era asimiento el querer a los que le habían ayudado, le contestó el Señor tranquilizándola y animándola a mantenerse en esa actitud: “que si un enfermo que estaba en peligro de muerte le parece le da la salud un médico, que no era virtud dejárselo de agradecer y no le amar” (V40,19). Y en razón de ello sabemos del afecto y la gratitud que la Santa supo mantener para muchos de ellos que ciertamente le ayudaron en su camino espiritual. Dirá un día a María Bautista, respecto a Báñez: “Que se agradezca siempre el bien que nos ha hecho” (143,5).

Más aún, como hemos visto la gratitud no es para ella un cumplimiento pasajero que hace simplemente para agradecer el don: “Nunca acabo de agradecerlas la buena crianza que hicieron, ni su padre tampoco. Bueno está” —dirá a las descalzas de Sevilla, respecto a su sobrina Teresita—. (122,11) meses después de haber salido de Sevilla. Tan larga es su gratitud que escribirá, cinco años después de haber salido de Sevilla a María de San José. “Nunca le acabaré de agradecer la ley que ahí las tuvo en tiempo de tanta necesidad” (331,6), refiriéndose a un recadero de Sevilla.

Sus cartas están llenas de estas referencias a la gratitud que siente por los amigos que han ayudado... Dice a las descalzas de Sevilla: “Grandemente he agradecido a ese santo de Rodrigo Álvarez lo que hace y al P. Soto. Deles mis encomiendas”. (319,5). Ya D. Teutonio de Braganza, el buen amigo portugués: “Mi condición de agradecida y su gran celo, me hace pasar por lo que es bien fuera de mi condición. ¡Todavía tengo aviso!” (79,13).

Y no solo cuando se trata de ayudas espirituales, sino también las materiales. Dice a Ana de Jesús, que ha estado acogida con las monjas fundadoras de Granada, en casa de Doña Ana de Peñalosa: “Ya escribo a la señora D^a Ana y quisiera tener palabras para agradecer el bien que nos ha hecho (451,15). Ciertamente son estos regalos materiales los que hacen desbordar la gratitud teresiana. Que se deshace en admiraciones y elogios Baste este botón de muestra a María de san José “Vino todo muy sano lo que vuestra reverencia (248,1) me envió, y el agua lo mismo, es excelente, mas ahora no es menester más esto basta...”. Y en otra, agradeciendo su envío: “Todas se lo agradecen mucho y muy mucho, y yo lo mismo, que bien se le parece el amor que me tiene, según me da contento en todo. Y yo le digo que aún me debe más, que yo me espanto de lo que la quiero... el mal está en que la puedo aprovechar en poco, por ser tan ruin” (Ib. 3).

Nada tiene de extraño que, con estas lecciones tan evidentes de gratitud, las monjas aprendieran y tuvieran a gala el ser agradecidas. Dice, escribiendo al Padre Rubeo: “Como todas están tan conten-

tas, no acaban de agradecer a vuestra señoría su principio” (Cta. 83, 1). Y por si lo olvidaran, abundan sus recomendaciones: “No dejen de enviarle algunos recaudos [a ese capitán], que parezcan agradecidas, aunque no haya de qué”. (Cta. 48,10) Y en carta a María Bautista, la priora de Valladolid, les insta serlo con D^a. María de Mendoza, la hermana de D. Álvaro: “Hemos de ser agradecidas y era gran ingratitud aún para el obispo [el no serlo]” (Cta 63,4)— dice—.

Esto de la gratitud, por tanto, es algo más que un don personal de la Santa que nos basta con admirar. Forma parte, sin duda, de las virtudes que han de configurar el estilo propio de obrar de sus seguidores. Y, así, nos dejó escrito en el *Camino*, refiriéndose a las personas que ayudan con sus limosnas al mantenimiento de la comunidad: “Quiere el Señor que aunque viene de su parte, lo agradezcamos a las personas por cuyo medio nos lo da; y de esto, no haya descuido” (C 2,10).

Es, pues, una recomendación viva que hay que tener en cuenta y de la que no nos dispensa el hecho mismo de encomendar al Señor a los bienhechores. Ciertamente que hay que hacerlo, seguros de que Él tiene más y mejores medios de agradecer lo que recibimos y, a veces, parece no tenemos con qué pagar. Pero lo obligado es, y en ello no debe haber descuido, agradecerlo también nosotros sin olvidar el pedir al Señor que lo haga. “Es tan mucho lo que a vuestra merced debo, que dejo al Señor lo agradezca y pague” (Cta. 31,6).

Y, naturalmente, también se siente complacida Teresa cuando recibe la gratitud de otros, que siempre es halagador, como escribe a Gracián, cuando le dice, agradecida y emocionada porque ha alabado a la Santa y sus monjas: “Quiérolas tiernamente y así me alegro cuando vuestra paternidad me las loa y a mí me lo agradece como si lo hubiera hecho yo” (Cta. 225,1).

No creo que haga falta —a vista de lo dicho— extenderse más para alcanzar a comprender que la gratitud es una virtud de cuño teresiano, en la que ella se ha recreado, que ha recomendado tener, y que forma parte viva de su estilo de ser y de obrar y que, por lo mismo, se convierte también en parte del ideal que hay que intentar lograr.

Generosidad

Unida estrechamente a la gratitud, y en el afán de corresponder a lo recibido, deberá estar siempre —por parte de uno mismo— la generosidad. Si se es consciente de lo valioso del don, no se puede corresponder solo de palabra. Ha de ser también de obra y con generosidad... Nada tiene, entonces, de extraño que la Santa la haya igualmente practicado y que debamos incluirla en ese elenco de sus virtudes que adornan su personalidad y ayudan a perfilar su estilo... Así, ya de niña, según nos recuerda en su autobiografía, “hacía limosna como podía (V 1, 3) y añade con admirable ingenuidad “y podía poco”. Lo poco, efectivamente, que puede un niño, pero ese mismo llegar al límite de sus posibilidades desvela ya el grado de su generosidad, puesta también de manifiesto en otro orden de cosas: en la entrada en la vida religiosa, o en la generosidad arriesgada de su amor al cura de Becedas para ayudarle...

Después, cuando se adentre en la vida espiritual —y más en la vida mística— descubrirá asombrada, que nadie más generoso que Dios. Y a la vez que airea esos dones recibidos de El, no perderá ocasión de resaltar su generosidad. Dice la Santa en las *Moradas*, con una expresión hermosa, que Dios es y está “ganoso de hacer mucho por nosotros” (6M 11,1). Que Dios es “amigo de dar” (M.1,5), tanto que no “está deseando otra cosa sino tener a quien dar” (6M 4,12). Y ya en su autobiografía, hablando de la poca generosidad con que nosotros le servimos, señala la Santa: “No acabamos de creer que aún en esta vida da ciento por uno” (V 22,15).

Por eso mismo, enseñada y deslumbrada por esta generosidad de Dios, Teresa se pregunta: “¿Que podemos hacer nosotros por un Dios tan generoso que murió por nosotros? (3M 1, 8) y la respuesta

no es otra que el reclamar de continuo la necesidad de ser nosotros igualmente generosos con Él. Y su propuesta de “darse todas al Todo sin hacernos partes” (C 8,1). Lo de “darse del todo”, será una consigna recurrente en la Santa, enemiga de mediocridades. Por lo demás el hacerlo, es algo que el alma va sintiendo cada vez más como un apremio, según dice también la Santa: “ Son estas personas que Dios llega a este estado, almas generosas, almas reales” (C 6,4) , “almas aficionadas a dar mucho más que a recibir” (C 6,7).

Y esta sería la frase que mejor resume su propia condición —no ya en lo espiritual— sino en lo humano y como virtud también humana, en la que ha ido progresando a medida que ha experimentado más la generosidad de Dios para con ella... Hay un texto hermoso en las *Relaciones* que nos habla de este sentimiento suyo, en referencia a los necesitados: “Paréceme tengo mucha más piedad de los pobres que solía, teniendo yo una lástima grande y deseo de remediarlos, que si mirase mi voluntad les daría lo que traigo vestido. Ningún asco tengo de ellos, aunque los trate y llegue a las manos. Y esto veo es ahora don de Dios, que, aunque por amor de Él hacía limosnas, piedad natural no la tenía. Bien conocida mejoría siento en esto” (R 2, 4). Y esto que lo escribió en 1562 lo seguirá acreditando hasta su muerte. Baste recordar cómo en Burgos, bajaba en el Hospital de la Concepción a consolar a los enfermos y regalarles aquellas naranjas que le habían regalado a ella.

Sabemos también del gozo que sentía cuando podía regalar algo, como aquella trucha que le envía la Duquesa y ella se la hace llegar a su amigo dominico: “Esta trucha me envió hoy la duquesa, paréceme tan buena que he hecho este mensajero para enviarla a mi padre el maestro fray Bartolomé de Medina. Si llegare a hora de comer, vuestra reverencia se la envíe luego con Miguel, y esa carta; y si más tarde no se la deje tampoco de llevar, para ver si quiere escribir algún renglón” (Cta. 59,2). O los regalos que le envía María de San José y que ella reparte alborozada: “Las patatas, las naranjas... todo lo demás es muy bueno y los confites lo vinieron y son muchos. Hoy ha estado acá D^a Luisa y le dí de ellos, a pensar yo que los tenía en tanto, se los enviara en su nombre, que con cualquier cosa se huelga mucho” (Cta. 180, 4).

Tan generosa era que las monjas tenían que poner coto a sus dádivas: “Oh lo que me holgué con tan lindas cosas como me envió con el administrador... dile el relicario pequeño... también le dí la jarra que era la más graciosa que he visto... también le dí el pomo como venía... el agua de azahar no me dejaban dar, porque le da la vida a la priora, y aún a mí me hace provecho, y no la había...” (Cta. 188,2). Por eso le causaban envidia esas posibilidades que tenía la sevillana. Le escribe con ironía: “Válgame Dios, que poderosa está”. Y si algo le dolía era precisamente no encontrar nada en esa tierra seca de Castilla, para agradecer lo recibido. En otra ocasión, dirá al enviarle unos dineros a la propia María de San José: Aquí dentro va el porte, porque es mucho, y mire, si no tiene para cuando se ofrece regalar a nuestro padre que me lo avise, y no sea honrosa, que es bobería, que yo se lo puedo enviar” (Cta.129,11).

Baste con lo dicho para no olvidar esta actitud teresiana de generosidad que tanto ennoblece a quien la práctica, pues conlleva el olvido de sí mismo en bien de los demás, y que tan perfectamente queda reflejada en esa apreciación suya de quien la tiene con personas, “mucho más aficionadas a dar que no a recibir”. Toda una consigna de vida si hemos de perpetuar su estilo.

Oh, válgame Dios

Unida estrechamente a esta generosidad de que ha hecho gala la Santa, y como un modo más de sentirla y ejercitarse en ella, habría que mencionar, aunque solo sea de pasada, una actitud muy suya, que es la capacidad de valoración, de admiración, de la que tantas pruebas nos ha dejado en su vida y más aún en sus escritos, donde siempre aparece enmarcada en ese “¡Oh válgame Dios!”, repartido por todas sus páginas y que, en otras ocasiones, la lleva a usar esa palabra suya tan típica de “espantarse”, como sinónimo de asombro, de maravilla, y que tan prematuramente empieza a sentir,

cuando nos dice que, tras sus lecturas de niña con su hermano: “espantábanos mucho el decir que pena y gloria eran para siempre, en lo que leíamos” (V 1,4).

Naturalmente, esa admiración o espanto le nace —en primer lugar— de percibir todo lo que Dios hace por ella, por las almas: “Muchas veces he pensado espantada de la gran bondad de Dios, y regalándose mi alma de su gran magnificencia y misericordia” (V 4,10); y se intensifica cuando ve y siente lo mal que le ha correspondido: “Oh válgame Dios, cómo me espanta la reciedumbre que tuvo mi alma con tener tantas ayudas de Dios” (V 9,8).

Pero más que esa admiración, me interesa resaltar la que siente frente a las personas, que es la que lleva a valorar con tanta benevolencia sus cosas, su virtud. Baste recordar la ponderación con que habla de la ciencia, de la virtud de sus confesores, y de tantas otras personas con las que se cruza en su camino. El calificativo de virtuoso, muy virtuoso, espiritual o muy espiritual, siervo de Dios, cuando no santo, es habitual en ella para calificar a las personas. No digamos nada, cuando se pone a ponderar la virtud de san Pedro de Alcántara, la entereza de Fr. Juan, que aunque es “chico, entiendo es grande a los ojos de Dios. Ciertamente, él nos ha de hacer acá harta falta, porque es cuerdo y propio para nuestro modo... no hay fraile que no diga bien de él” (Cta. 13, 2)”, la de Gracián, por supuesto, o de algunas de las religiosas. O aún de todas en general como lo hace en el libro de la *Vida*, aludiendo a las que componen la comunidad primitiva de San José: “porque veo yo ahora venir a esta casa, unas doncellas que son de poca edad y en tocándolas Dios y dándoles un poco de luz y amor, digo en un poco de tiempo que les hizo algún regalo, no le aguardaron, ni se les puso cosa delante, sin acordarse del comer, pues se encierran en casa sin renta, como quien no estima la vida por el que sabe que la ama” (V 39,10).

Pero la admiración no es solo hablando de las personas o su virtud, es también por las cosas. Así, la carta a María de San José, ponderando los regalos que le envía, vale por todo un tratado: “Harto más quisiera saber que tiene salud que todos los regalos que me envía, aunque son como de reina [...]. El azahar es muy lindo y vino a buen tiempo, infinito se lo he agradecido. Y los corporales son galanísimos. Parece la despierta Dios [...]. El agua vino muy bueno [...]. A usadas que lo puso ella, que venía muy bien. Yo no querría sino pagar en algo lo que me envía, que en fin es muestra de amor. Y en mi vida he visto cosa más seca que esta tierra en cosa que sea de gusto” (195, 1). O esta otra: “El hornito vino tan bien dado a entender que no creo se podrá errar. Ya se está haciendo. Todas se han espantado de su ingenio” (Cta. 239,3). O esta otra a Francisco de Salcedo, agradeciéndole igualmente una atención: “Verdad es que merece más precio; que una monjilla pobre quién la ha de apreciar. Vuestra merced que puede dar aloja y obleas, rábanos, lechugas, que tiene un huerto, y se es él el mozo para traer manzanas, algo más es de preciar. La dicha aloja, dice que la hay aquí muy buena, mas como no tengo a Francisco de Salcedo no sabemos a qué sabe, ni lleva arte de saberlo” (Cta. 13, 3).

No hay duda que la admiración es un modo de gratitud y generosidad a la vez y que, al margen de que lo sepa o no el admirado, denota —por encima de todo— la delicadeza del admirador y, en este caso, de la Santa, que añade un nuevo tono con ello a su estilo de humanismo.

Amor a la verdad

Y si eso hemos apuntado de la gratitud —que es, sin duda, un detalle de humanismo— vamos a tratar de acercarnos, siquiera sea un poco, a una actitud mucho más trascendente y que nace en la zona más íntima y sostiene ese humanismo, y que la Santa ha cultivado con verdadera pasión: el amor a la verdad.

Como acabo de apuntar, quizá hasta ahora hemos hablado de cualidades que, aun siendo importantes y parte viva del humanismo teresiano, son algo exterior, como las ramas o el follaje de un árbol,

que, ciertamente, es lo que aparece y ofrece sombra y cobijo. Incluso aquello que lo hace más visible y atrayente. Pero hay algo que es más hondo, como las raíces de ese árbol, que es de donde viene y nace la savia, lo que da vigor y fuerza a ese humanismo haciendo de él un valor consistente y magnífico. Y esas raíces o savia no son otra cosa que el aludido amor a la verdad.

Bien podemos decir que este amor a la verdad es el amor central de la vida de Teresa, el amor por excelencia que ha llenado su corazón abierto y disponible siempre para el afecto. Primero, por supuesto, el amor a Dios, al que descubre como Verdad, según veremos. Y luego, el amor a la verdad, a todas las verdades que se derivan de esa verdad.

Incluso el amor a la verdad está por encima de su amor a la oración, que ha sido el centro de su vida, su gran ideal, pues nos ha dicho taxativamente: “porque espíritu que no vaya fundado en verdad yo más le querría sin oración” (V 13,6).

La verdad ha sido su pasión secreta y más íntima para Teresa. La aprendió de su padre, que como ella dice “era hombre de gran verdad” (V 1,1) y la ha buscado siempre apasionadamente, rindiéndole culto. Su amor a la verdad arranca, pues, de la hora primera, en la que intuye que en la vida hay verdades y mentiras. Y que la verdad no es otra que Dios mismo. Dios, en su trascendencia, que es el único, que es para siempre, siempre, siempre, como gusta repetir una y otra vez con Rodrigo. Por eso mismo, adivina que la vida hay que edificarla sobre esa verdad incontrovertible para que no se derrumbe, y que anda ya en el fondo de sus juegos mismos de niña, huyendo a tierra de moros, haciendo ermitas y monasterios.

A esta intuición precoz, Teresa la ha llamado “la verdad de cuando niña”, que será, efectivamente, la que, al fin, va a dar sentido y orientación a su existencia, con lo que nos descubre la hondura de las raíces de su amor a la verdad. Esa verdad, que es la que le hará volver en sí, tras los devaneos y el ingreso en las Agustinas para recuperar su entrega a Dios, que le lleva a entrar en la vida religiosa, a dedicarse a la oración, como momento privilegiado e insustituible de encuentro con Dios, y al fin, a su conversión a Él, que es el punto de partida definitivo y sin retorno para alcanzar plenamente la verdad de cuando niña.

En la búsqueda de esa verdad gastó Teresa sus mejores esfuerzos, deseosa siempre de luz. Y por ella peregrinó incansable de libro en libro, de confesor en confesor, de letrado en letrado, tratando de buscar para su alma y su vida... Y aunque, ciertamente, de unos y tros recibió luces y certezas, fue la cercanía misma de Dios la que iluminó definitivamente su espíritu.

Un momento decisivo fue, precisamente, cuando la Inquisición quitó de la circulación algunos de esos libros que la Santa leía. Fue cuando le prometió el Señor ser su libro vivo. Y como ella recordará: “Después [...] muy poca a casi ninguna necesidad he tenido de libros. Su Majestad ha sido el libro verdadero adonde he visto las verdades” (V 26,5). Y poco antes nos había dicho ya, con una frase hermosa, cómo desde esa altura de Dios se ven las cosas diferentes: “Llegada a Vos, subida en esta atalaya donde se ven verdades, no os apartando de mí, todo lo podré” (V 21,5).

Andar en verdad

Ahora bien, por mucho que en esa atalaya viera todas las verdades, y mientras estaba en esa comunión y comunicación íntima con el Señor no le cupiera ninguna duda de que era Él, fue precisamente aquí, en sus experiencias místicas, donde empezó su drama, porque en su afán de vivir en la verdad, quería que fueran los confesores —la voz autorizada de la Iglesia— quienes certificaran la verdad de aquellas experiencias, pero no resultaba fácil hacerlo, ni ser entendida... Y así lo ratifica ella: “Yo le decía al confesor la verdad, porque a mi parecer no mentía, ni había tal pretendido, ni por cosa del mundo dijera una cosa por otra (V 28, 4). Esa era siempre, en efecto, su actitud ante

ellos: “Que esto he tenido siempre: tratar con toda claridad y verdad con los que comunico mi alma” (V 30, 3). Y ellos mismos acabaron por saberlo y fiarse de ella, pues, como dice, “saben que no miento ni Dios me dé tal lugar, que en ninguna cosa, cuanto más siendo tan graves, tratase yo sino toda verdad” (V 34,18).

Y fue precisamente en una de esas experiencias místicas donde la Santa recibió, en un arrebatamiento de espíritu que inflamó su alma, el esclarecimiento definitivo de esa verdad que venía buscando y del sentido de la misma. Hace falta leer el texto del capítulo 40 de la *Vida*, porque sus palabras son insustituibles: “Se me dio a entender una verdad que es cumplimiento de todas las verdades... dijéronme, sin ver quién, mas bien entendí ser la misma Verdad [...]. ‘Todo el daño que viene al mundo es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad’[...]”. Con lo cual quedó con grandísima fortaleza y decidida a cumplir con todas sus fuerzas hasta la exigencia más ínfima de la Escritura. Luego prosigue, relatando una consecuencia práctica de esta experiencia: “Quedóme una verdad de esta divina Verdad que se me representó sin saber cómo ni qué [...]. Quedóme muy gran gana de no hablar sino cosas muy verdaderas, que vayan delante de lo que aquí se trata en el mundo” Y prosigue: “Entendí qué cosa es andar un alma en verdad delante de la misma verdad. Esto que entendí es darme el Señor a entender que es la misma Verdad” (V 40, 3).

Aquella iluminación, como es natural, caló hondo en el espíritu de Teresa, porque en ella “entendí grandísimas verdades sobre esta verdad, más que si muchos letrados me lo hubieran enseñado... Esta verdad que digo se me dio a entender es en sí misma verdad y es sin principio ni fin, y todas las demás verdades dependen de esta verdad, como todos los demás amores de este amor y todas las demás grandezas de esta grandeza” (V 40, 4).

Luego, en las *Moradas*, nos hablará de la relación que hay entre la humildad y la verdad, y partiendo de esta misma experiencia mística nos dejará ese texto singular: Una vez estaba yo considerando por qué razón era Nuestro Señor tan amigo de la humildad, y púsoseme delante, a mi parecer, sin considerarlo, sino de presto esto: que es porque Dios es suma Verdad, y la humildades andar en verdad, que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada; y quien esto no entiende anda en mentira. A quien más lo entiende agrada más a la suma Verdad, porque anda en ella” (6 M 10,7). Y, al evocar este episodio sobre la Verdad, la Santa no puede por menos de acordarse de Pilatos cuando le pregunta al Señor qué es la verdad (Cf. 6M 10,5).

No es de extrañar que, si ya antes Teresa era una buscadora instintiva de la verdad, hiciera de la misma, ahora, su pasión. Y que, al tratar de ver todas las cosas y realidades desde esta Verdad de lo que es Dios le apareciera nítida la verdad de lo que son los humanos, ella misma, el mundo. Que, según sea la cercanía o lejanía en que se miran, aparecen de una forma distinta y distinto es su valor... Por eso, nada tiene de extraño lo que ella misma nos dice: “Tiene el pensamiento tan habitudo a entender lo que es verdadera verdad, que todo lo demás le parece juego de niños” (V 21,9).

Y como es natural y, en contraposición a ese amor a la Verdad, derivada de la misma verdad que es Dios, aborrecerá la mentira que tiene su origen en el padre dela mentira, que es el demonio. Nos lo dice ella, con claridad: “Es amigo el demonio de mentiras y la misma mentira, no habrá pacto con quien anda en verdad” (V 25,21). Y tan segura estaba de aborrecer la mentira que escribió un día con hondo convencimiento de su amor a la verdad, que no impedía ciertamente las equivocaciones: “puedo errar en todo, mas no mentir, que por la misericordia de Dios, antes pasaría mil muertes; digo lo que entiendo” (4M 2,7).

Sacar en limpio la verdad

No solo las mentiras, también le duelen las medias verdades. Como lo había sido aquella de poner a su padre las enfermedades como pretexto para haber abandonado la oración. Y aunque las enfer-

medades eran ciertas, como no lo era la razón, reconoce de inmediato y como dolida, su media verdad. Y se nos cuenta que un día, en Toledo, a una novicia porque creía le había mentido, le dijo seriamente que pensaba quitarle el hábito porque “quien se atrevía a mentir advertidamente no era para su religión. Y así, dice la crónica, anduvo adelgazando el negocio y sacó en limpio la verdad y que no habían sido sino palabras malentendidas. Y de allí adelante quedó harto gustosa con la novicia porque la halló verdadera” (Dicho de María de San Francisco, ocd).

Este sacar en limpio la verdad fue siempre un afán también para Teresa. Y de tal modo confía en la fuerza y eficacia de la misma, aunque a veces las circunstancias pareciera que la ocultaban o hacían difícil de descubrir, que ella seguía esperando que la verdad se abriera camino. Así que cuando los disturbios de la comunidad de Sevilla, escribirá a las descalzas animándolas con este pensamiento convencido: “la verdad padece, mas no perece” (Cta. 294, 19). Frase ciertamente confortante.

Con toda verdad

En su afán de ser fiel a la verdad, esa será igualmente su primera preocupación a la hora de escribir. Especialmente cuando trata en la vida de manifestar su mundo interior para que puedan aconsejarle mejor... De modo que, incluso cuando refiere sus pecados y debilidades, no le importa para mayor precisión reconocer que también ha hecho el bien. Por ejemplo, que sus descuidos en la oración no han sido tantos como acaba de ponderar. Y así dice: “Porque va todo lo que escribo dicho con toda verdad, trato ahora de esto” (V 8, 3). Y más adelante, dirá: “Voy tratando con claridad y verdad lo que se me acuerda (V 30, 22). Curiosamente, por amor a esa verdad, ella misma pide a los confesores, que aireen, si quieren, sus pecados, y que de ello se sentirá contenta, porque así aparece la verdad de su vida: “Lo que he dicho hasta aquí, lo publiquen... que cierto cierto, con verdad digo, a lo que ahora entiendo de mí, que me dará gran consuelo (V 10,7).

Claro que, aunque se trate de cosas menos trascendentes, como el simple relato de las Fundaciones, ella procurará lo mismo escribir con toda verdad lo que sucedió. Así lo dice en el prólogo: “Puédese tener por cierto que se dirá toda verdad, sin ningún encarecimiento, a cuanto yo entendiere, sino conforme a lo que ha pasado. Porque en cosa muy poco importante yo no trataría mentira por ninguna de la tierra, en esto que se escribe para que Nuestro Señor sea alabado, haríaseme gran conciencia; creería no solo era perder tiempo, sino engañar con las cosas de Dios [...], sería una gran traición” (F Pr. 3).

Como es natural este amor a la verdad y el valor que tiene —que ella ha aprendido de la cercanía de Dios mismo— desea que también sea cultivado por sus religiosas: “Ande la verdad en vuestros corazones como ha de andar por la meditación” y de ella saldrán otros provechos necesarios, como el mismo de descubrir “el amor que debéis al prójimo”, (V 20, 4) y, más aún, la relatividad de todas las cosas humanas, que tantas veces nos preocupan inútilmente: “En ver esta verdad eterna se vería ser mentiras y burlas todas las cosas de que acá hacemos caso (V 34, 9). Piensa, incluso, que una verdad sostenida por varios puede tener más fuerza convincente y de arrastre que la que tiene el mal aunque fuera de muchos: “Puede más a las veces un hombre o dos juntos que digan verdad, que muchos juntos” (C 21,9).

Baste lo dicho para recordar entonces cómo la verdad fue, según he apuntado, la pasión secreta para Teresa y que siempre será una característica de su estilo el vivir en el afán y la búsqueda personal de esa misma actitud.

Perdida por la llaneza

Pero quedaría nuestra reflexión incompleta si, al hablar de este amor a la verdad de la Santa, no añadiéramos otro sustantivo que no pocas veces va unido a él, formando un solo ideal: la llaneza.

Así nos dirá en las *Fundaciones*, hablando del encuentro con el P. Rubeo y de cómo le contó todo lo relativo a la nueva casa de San José: “Yo le dí cuenta con toda verdad y llaneza” (F 2,2).

Quizá la llaneza es una palabra hoy desusada, pero tiene un hondo sentido en la Santa y encarna una actitud muy suya: la sencillez, la claridad, la simplicidad con que uno se manifiesta o vive. O, como ella dice con agudeza, “tratando con llaneza y claridad, que no digamos una cosa y nos quede otra” (C 37, 4). La verdad y la llaneza van siempre unidas y se postulan. No se puede amar la verdad sin amar la llaneza, que huye de lo complicado y aparente. Y no se puede amar la llaneza si no se ama la verdad.

La llaneza se impone lo primero como una actitud que mantener frente a Dios, ante el que no cabe fingir ni presumir, ya que “quien nos da los bienes nos dará fortaleza para resistir, digo si andamos con llaneza delante de Dios, pretendiendo contentar” (V 10,4). Por eso, ante Dios: “No hay que argüir sino que conocer lo que somos con llaneza y con simpleza representarnos delante de Dios” (V 15, 8), que nos conoce a fondo. Y luego, por supuesto, como actitud, también ante los hombres, por más que a veces parezca que se vuelve contra uno mismo, ya que cabe el riesgo de malinterpretar esa sencillez. Como le pasó a la Santa al principio de su vida mística con algunos de los confesores: “Preguntábanme algunas cosas, yo respondía con llaneza y descuido. Luego les parecía que los quería enseñar, y que me tenía por sabia” (V 28,17). Pero no por eso cambió y así nos dice respecto al Dr. Velázquez, al que trata de conocer en Toledo: “Yo le traté con toda llaneza mi alma, como tengo por costumbre” (F 30, 1).

Y porque ama esa llaneza y le gusta, la admira cuando la ve en otros y le atrae de manera particular. Así que pondera de Catalina de Cardona, “la llaneza y santa simplicidad” con que obra (F 28, 26) o la que tiene el sacerdote que administra y vende la casa que compran en Burgos, que trataba con “mucha llaneza” “a las monjas” (F 31, 34), y más todavía la de D^a. Luisa de la Cerda, que con “ser de las principales del reino, creo hay pocas más humildes y de mucha llaneza” (V 34, 4). Pero celebra especialmente la que tiene doña Juana Dantisco, la madre de Gracián: “Una llaneza y claridad por la que yo perdida” (Cta. 124,2) que supera la del hijo, que, no obstante, parece que en ocasiones era excesiva, pues le dice la Santa: “El tiempo

quitará a vuestra paternidad, un poco de la llaneza que tiene” (Cta.141,1), ya que hasta leía las cartas de la Santa en público. Y, como no parece que se corrigió mucho de esa actitud tan suya, igualmente le dirá la Santa más adelante cuando advirtió que la misma se volvía contra los dos: “Bien nos enseña Dios cómo hemos menester tener malicia y no tanta llaneza, y plega a Dios que baste para Pablo y para mí” (Cta. 289, 3). Y es que, en verdad, como ella misma advertía ante las miradas suspicaces de otros “ni todos los prelados serán como mi padre que se sufra con ellos tanta llaneza” (Cta.141,1).

De hecho, cuando falta esa llaneza, la Santa lo reprocha. Como hará a María de San José a la que tanta estima y le dice con franqueza: “Harto se me hacía de mal no ver en vuestra reverencia tanta llaneza y amor” (Cta. 112,1). Y como, a pesar del aviso, no parece se enmendó del todo, le dirá más adelante: “Temí lo que se ha hecho con los dineros, y no me ha parecido nada bien, que soy amiga de llaneza” (Cta. 412,8). Lo mismo que se quejará del provincial de los jesuitas, poco amigo de Teresa y con el que se intercambian cartas duras: “Yo he tornado a leer la carta del Padre Provincial, más de dos veces, y siempre hallo en ella tan poca llaneza para conmigo...” (Cta. 229,1).

Con toda verdad y llaneza

Y porque es amiga de llaneza se la recomienda a todos. Primero con Dios mismo. Así dice en *Camino*: “Mas tratando con Él con verdad y llaneza, siempre da más de lo que se le pide” (CE 65,6). Luego con el confesor, como algo para tener en cuenta todas: “Lo que es mucho menester hermanas es que andéis con gran llaneza y verdad con el confesor” (6M 9,12). Y este consejo no solo lo da a

sus monjas, sino que, hablando más en general, había escrito en su Autobiografía: “mas andando con humildad, procurando saber la verdad, sujetas al confesor y tratando con él con toda verdad y llaneza...” (V40,4) no hay peligro de andar por mal camino.

Esa llaneza en el trato con quien ha de orientar en el camino espiritual, que ha establecido como norma, será una de las cosas que pida en casos concretos a quienes tienen necesidad de orientación. Lo pedirá Ana de Jesús para que se confíe a Fr. Juan, como ella lo ha hecho: “Es uno de los que más provecho hacía a mi alma el comunicarle. Háganlo ellas, mis hijas, con toda llaneza” (Cta. 277,2). Y a Ana de san Alberto: “trátenle con llaneza sus almas, consuélense con él, que es alma a quien Dios comunica su espíritu” (Cta. 323,1) y aún añade: “trátenle con llaneza en ese convento como si fuera yo misma, porque tiene espíritu de Nuestro Señor” (Ib).

Más aún no solo en este fuero íntimo se ha de tratar con llaneza a quien puede ayudarnos, sino que ha de ser también una actitud que mantener frente a los superiores, de modo que una recomendación que hace al visitador es que “ha de advertir el prelado si hay llaneza y verdad en las cosas que se tratan con él (Mo. 22) Y en las mismas recomendaciones añade otro que de algún modo es también un nuevo matiz o expresión de esa llaneza: la manera de hablar y expresarse. Dice ella que también ha de mirar “en la manera del hablar que vaya con simplicidad y llaneza y religión” (Mo. 40).

Otro aspecto en el que reclama llaneza es a la hora de informarse de algo, donde cabe que, a veces, el informador disimule las cosas para no herir. Pero ella prefiere la verdad y llaneza. Y así escribe al canónigo Reinoso de Palencia: “Una cosa le suplico que con toda llaneza me haga saber qué le parece de la priora y cómo lo hace” (Cta. 401,13).

Naturalmente, si pedía esta llaneza para los demás es porque era la primera en vivirla y en practicarla en todas sus acciones. Así, cuando se ponga a escribir, lo hará con la misma sencillez. Dice al final de la Vida: “Heme atrevido a concertar esta mi desbaratada vida, poniendo lo que ha pasado por mí con toda la llaneza y verdad que yo he podido” (V 40, 24).

Después de todo lo dicho —y más que se pudiera añadir— sobre este modo de ser, de expresarse, de tratar, de vivir, haciendo gala de la verdad y la llaneza, no creo sea necesario ponderar más cómo esta llaneza forma parte viva, inseparable, del estilo teresiano, y en particular de su humanismo, por lo que convierte en una nueva actitud que hemos de buscar, desear y vivir, para acreditar ese estilo y hacernos partícipes de él.

Nunca buen letrado me engañó

Una consecuencia directa de su amor a la verdad y la llaneza, y camino eficaz para no andar fuera de la verdad en particular, es como ya ha apuntado la Santa, el recurso al confesor para ayuda de verificar la rectitud de la propia vida. Ahora bien, para que ofrezca ciertas garantías de eficacia en su ayuda, ella ha defendido siempre que el confesor o asesor ha de ser letrado, hombre de letras, el que ha estudiado y profundizado en el conocimiento de las cosas y que, por tanto, ha llegado más al fondo de ellas, a la verdad de las mismas.

Sabemos de sobra que, por eso, a la Santa se le iban los ojos detrás de los letrados y que nada apreciaba tanto en sus asesores, en las personas en general como esta cualidad. Si, además, añadía el ser persona espiritual, experimentada, pues mejor que mejor. Pero de quedarse con quien solo tuviera una de las dos cosas, siempre se quedaba con el letrado, por ser lo otro “gran inconveniente” (V 13,19) convencida, como amante de la verdad, de que “buen letrado nunca le engañó” (V 5,3), pues, como dice luego, “tengo para mí que persona de oración que trate con letrados, si ella no se quiere engañar, no la engañará el demonio con ilusiones” (V 13,18).

En cambio, también tuvo la experiencia del daño que le causaron quienes no lo eran, como dice: “gran daño hicieron a mi alma confesores medio letrados, porque no los tenía de tan buenas letras como yo quisiera” (V5,3), que si encima de serlo son temerosos, pues acaban por dejar una penosa experiencia, según ella misma confiesa: “y también la tengo de unos medio letrados espantadizos, porque me cuestan muy caro” (5 M,1,8), como los que le mandaron dar las higas o algunos otros con los que “ha topado” (F 5,2).

Para certificar su amor a los letrados y la diligencia con que los buscó, basta repasar su autobiografía y entresacar los nombres de quienes le ayudaron y a los que ella califica de “gran letrado”, muy letrado”, el “mayor letrado de su Orden” o de la ciudad, etc. La mayoría de ellos, ciertamente, religiosos, que han tenido que sacrificarse para llegar a serlo pues como advertía Teresa: “espántame muchas veces letrados, religiosos, en especial, con el trabajo que han ganado lo que sin ninguno, más que preguntar, me aproveche a mí” (V 13,20), así que luego asegura que “siempre han sido después que ando en esto, grandes letrados y siervos de Dios, como sabéis” (F 27,15).

Por eso, a toda persona que quiera ser ayudada en su camino espiritual, la Santa le da un consejo decidido: “ir siempre con aviso y tener maestro que sea letrado y no le callar nada, y con esto, ningún daño le puede venir” (V 25,14). Y el propio Señor le ratificó la bondad del consejo dado: “me ha dicho el Señor que no deje de comunicar toda mi alma y las mercedes que el Señor me hace, con el confesor y que sea letrado, y que le obedezca” (V 26, 3). Ciertamente, por otra parte, será necesario que el letrado tenga experiencia cuando tiene que discernir sobre algunos fenómenos especiales de la vida espiritual: “porque si el confesor no tiene experiencia de esta cosas, por letrado que sea, no bastará para entenderlo” (F 8, 8), aunque también añade en las *Moradas*: “Aunque no hayan pasado por estas cosas, tienen un no sé qué grandes letrados...” (5M 1,7).

Claro que el recurso al letrado no es solo para orientarse en el camino espiritual, sino también en los asuntos puramente humanos, de decisiones que ha de tomar, etc. Por eso, será especialmente oportuno que lo hagan los superiores, para aconsejarse sabiamente en los asuntos de oficio. Dirá la Santa: “Esto han menester mucho las preladas, si quieren hacer bien su oficio, confesarse con letrados; y si no harán hartos borrones, pensando que es santidad” (F 19,1). Y en sus libros y en el epistolario, tenemos pruebas sobradas de cómo y cuanto lo ha hecho ella para cosas bien diferentes.

Dada esta estima singular que tiene a los letrados, y al papel que juegan en la guía de las almas y en definitiva para el provecho de la Iglesia, no es de extrañar que pida para ellos esa oración especial que debe ser el centro de interés de la vida descalza: “y que todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia, predicadores y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos...” (C1,2) Y la súplica en concreto ha de ser “que haya muchos de los muy mucho letrados y religiosos que hay que tengan las partes que son menester para esto” (C 3,5).

Claro que la Santa no diviniza la sabiduría de los letrados, en primer lugar, porque sabe que siempre es limitada, y más si no es espiritual. Y, en segundo lugar, porque tiene experiencia de que hay una sabiduría más honda y mejor, que es la que viene de la experiencia misma de Dios. Que es la que enseña en un momento, como nos ha dicho ella en aquella percepción que tuvo de que Dios es la Verdad de la que nacen todas las verdades, entendiendo más “que si muchos letrados me lo hubieran enseñado” (V 40, 4). Y por eso también, en ocasiones, ante la certeza de lo que Dios da o enseña, valdría de poco que los letrados lo nieguen o pongan en duda: “aunque se junten cuantos letrados y santos hay en el mundo, no me podrán hacer creer que esto es demonio” (R.1,26), dice ella.

De igual forma, tampoco las palabras de los letrados tienen la fuerza poderosa, ni con mucho, que tienen las de Dios, así que, como certifica la Santa: “Ni bastaran muchos letrados con muchas palabras para ponerle aquella paz y quietud, que con una se le había puesto” (R 4).

No hay duda que este evidente amor al estudio, a las letras y los letrados, enraizado en su amor a la verdad y que ella ha buscado con simplicidad y llaneza, le ha aportado en su conjunto grandes bienes. Por eso, ella lo pregonaba y recomienda a quien quiera oírlo... Y, si bien ha sido una cualidad muy personal, no hay duda que forma parte de ese humanismo que ella ha predicado con el ejemplo y la palabra y que mal se podría menospreciar sin excluirse, por eso mismo, de la búsqueda del estilo teresiano que hemos de tener como ideal quienes deseamos ser sus seguidores.

Sabía mal cantar

Después de haber hablado de esas actitudes nobles —virtudes, cabe decir— que perfilan el humanismo teresiano, quedaría incompleta nuestra reflexión si no aludiéramos, siquiera sea brevemente, a unas realidades que, sin serlo, denotan una especial sensibilidad humana que, si bien responde a dotes naturales que no todos poseen en igual grado, no hay espíritu cultivado que no sea sensible a ellas. Me refiero, por ejemplo, a la sensibilidad ante el arte o la belleza o el gozo de disfrutar de cuanto nos brinda la naturaleza.

No parece, por ejemplo, que la Santa tuviera especiales cualidades para la música. Ella misma nos dice: “Sabía mal cantar” pero también añade un dato significativo: “Sentía tanto si no tenía estudiado lo que me encomendaban... que de pura honra me turbaba tanto que decía muy menos de lo que sabía” (V 31, 23). Lo que significa que estudiaba lo que tenía que cantar, y cuando no lo sabía o no lo aprendía muy bien, pues lo decía, una vez vencido el prurito de la honra... No sabemos, en realidad, a qué se refiere al decir que sabía mal cantar, si le fallaba el oído o la voz, en cuyo caso, como ella dice con gracia: “Si uno tiene mala voz, por mucho que se esfuerce a cantar no se le hace buena; si Dios quiere dársela, no ha él menester antes dar voces” (V 22,12)

Pero acaso sea, más bien, como tantas veces, una apreciación humilde, porque sabemos que cantaba en el coro, ya nos lo ha dicho, y aunque no fuera siempre, de una vez nos cuenta Ana de Jesús “cantando en los Maitines el Evangelio de San Juan, fue cosa celestial de la manera que sonó, no teniendo ella naturalmente buena voz (BMC 18, 474) Y cantaba coplas en las recreaciones y hasta daba el tono a la que lo hacía mal, como la Maribobales. Acompañaba, incluso, a veces el canto con la danza. Y envía las coplas a las demás comunidades y a su hermano D. Lorenzo invitando a que su sobrino Francisquito diera la tonada (172,14). Y cantaba en los viajes, como aquella vez que hizo unas coplas “muy graciosas” al pasar el Guadalquivir...

De su sensibilidad, por lo demás, para la música da buena fe aquel trance místico en el que, oyendo cantar una capilla del *Véante mis ojos*, a Isabel de Jesús en Salamanca, la de “linda voz”, cae en éxtasis, como ella misma recuerda: “Sé de una persona que oyó cantar una buena voz y certifica que a su parecer si el canto no cesara, que iba ya a salirse el alma... y así proveyó su Majestad que dejase el canto quien cantaba, que la que estaba en esta suspensión bien se podía morir, mas no podía decir que cesase”, (R 7,2). Y cuentan las crónicas que, a veces, cuando se encontraba con aquella misma religiosa, le decía: “cánteme, hermana aquel cantarcillo...”. Y de su cuidado por el canto litúrgico ya nos ha dicho ella, y dentro de la sobriedad, dejará sus normas. Pero tenemos, además, en su epistolario una curiosa referencia a las monjas de Sevilla, donde les dice: “En ninguna manera, me parece, habían de cantar nada hasta ser más, que es para infamarnos a todas” (Cta. 152, 2).

Por otra parte, sabemos que sabe distinguir perfectamente matices musicales. Así dice al hablar de la fundación de Villanueva de la Jara, cómo al acercarse al pueblo, “desde lejos oíamos el repicar de las campanas. Entradas en la Iglesia comenzaron el Tedeum, un verso la capilla de canto de órgano, y otro el órgano” (F 28, 37) y dice del canto de las monjas que lo hacían con voces muy mortificadas (F 28, 20). Y, si bien no era amiga de hacer ruido en sus fundaciones, no deja de celebrar la fiesta que hacen en Sevilla: “Y nos consolamos mucho ordenasen nuestra fiesta con tantas solemnidad,

y las calles tan aderezadas y con tanta música y ministriles que me dijo el santo prior de las Cuevas, que nunca tal había visto en Sevilla” (F 25,11). Lo mismo dirá de Salamanca: “Hubo mucha solemnidad y música” (F 19,10) y de Palencia, donde se juntó “casi todo el lugar. Mucha música” (F 29, 29).

Con no ser poeta

Ya hemos comentado su habilidad para hacer coplas, pero, además de ellas, sabemos que ha compuesto poemas, algunos, ciertamente, de gran hondura, que denotan su sensibilidad para la poesía. Algunos han sido en trance místico. Lo dice ella misma. Dirá a su hermano D. Lorenzo al enviarle alguno de eso versos: “Ahora se me acuerda uno que hice una vez estando con harta oración y parecía que descansaba más” (Cta.172, 23) y copia los versos de *Oh hermosura que excedéis*. Curiosa esa apreciación de que en los versos descansaba, se recreaba más.

Antes ya había dicho en *Vida*, explicando el trance místico y cómo la única salida que le queda al místico, en muchas ocasiones, para expresar lo que siente es recurrir a la poesía: “Válgame Dios, cuál está un alma cuando está así. Toda ella querría fuese lenguas para alabar al Señor. Dice mil desatinos... Yo sé persona que, con no ser poeta, le acaecía hacer de presto coplas muy sentidas declarando su pena bien, no hechas de su entendimiento, sino que para más gozar la gloria que tan sabrosa pena le daba, se quejaba de ella a su Dios” (V16,4). Parece comprobado que la vivencia mística postula, de suyo, una moción hacia la poesía, como intento de romper esa atadura de lo inefable que siempre produce el misterio de Dios. Ante la imposibilidad de expresar con claridad lo que se vive resulta obligado recurrir a la efusión de la poesía.

Además de estos poemas de desahogo místico, Teresa hizo, como sabemos, otras poesías, o mejor, coplas como ella los llama. Ciertamente, son de menos vuelos literarios que los otros, pero no dejan de transmitirnos —amén de su capacidad para celebrar festivamente los acontecimientos comunitarios, y habilidad para la versificación— una sensibilidad literaria para refugiarse en el género poético cuando la prosa no es lo suficientemente expresiva de lo que quiere decir. Sin olvidar que muchas de sus páginas en prosa contienen también, sin duda, una emoción lírica extraordinaria a la hora —sobre todo— de expresar sus sentimientos y vivencias frente a Dios, frente a la grandeza de sus obras o en el descubrimiento profundo de su propia interioridad. Que son las que le llevan a ensartar de continuo esos *Oh*, admirativos a que antes me he referido.

Cuando veo alguna cosa hermosa

Esta vibración lírica se produce, igualmente, de una forma espontánea cuando Teresa entra en contacto con la naturaleza. Deslumbrada por un lado por todo lo que ha visto y apreciado en el fenómeno místico, todas las cosas le parecen de una índole inferior. Dirá ella: “cuando veo alguna cosa hermosa, rica, como agua, campos, flores, paréceme no lo quería ver ni oír, tanto esa la diferencia de ello a lo que yo suele ver” (R 1,11). Ciertamente, ella sabe valorar la hermosura de la naturaleza, pero es claro que, según sus versos, la hermosura con que Dios se le presenta, “excede a todas las hermosuras”. Pero, aun así, por otra parte, no deja de emocionarse con el contacto sencillo con todas esas mismas realidades aludidas.

La sensibilidad de la Santa frente a la naturaleza es realmente exquisita. Y entre todos los elementos de la misma, quizá ninguno le ha seducido tanto como el agua, de la que admira las propiedades, que enfría, y apaga la sed y el fuego, esa agua que “si nos falta nos mata, y si nos sobra acaba la vida” (C 19, 8). Y se servirá del agua para enseñarnos no pocas cosas de la vida espiritual, porque como ella dice “no me hallo cosa más a propósito para declarar algunas de espíritu, que esto de agua” (4M 2,2). Por eso, nos hablará de cómo utilizar el agua, en las cuatro maneras de regar el huerto, que unas veces hay que sacarla del pozo, “agua de tan mal pozo en lo que es de mi parte” (V

19, 6) —dirá ella— y otra hay que sacarla con la noria o nos viene por arcaduces, o hay que esperar pacientes a que nos venga con la lluvia, “esa agua que viene del cielo para con su abundancia henchir y hartar todo este huerto de agua” (V 18, 9).

Le atraen de manera particular las fuentes y nos dirá de unas fontecicas... que echan de sí el agua (V 30,19) de un manantial caudaloso (4M 2,3) y de los pilones del agua que se hinchen de diferentes maneras, uno “hecho en el mismo nacimiento del agua y vase hinchendo sin ningún ruido” y otro que la trae de lejos; y cómo el agua va revertiendo sobre el alma y sus potencias. Y que una gota de agua del río caudaloso que es Dios (V 27,12) compensa con creces de los trabajos.

Pero no es solo su contemplación espiritual lo que lleva a recrearse a la Santa. Es el agua real de las fuentes y los ríos lo que le atrae. Dice, hablando del camino de Palencia a Soria: “me fue recreación porque era llano y muchas veces a vista de ríos que me hacían harta compañía” (Cta. 406, 2), aunque otras veces, como al ir hacia Sevilla, le resulte difícil cruzar el Guadalquivir, o se encuentre metida en un mar peligroso, cuando viaja hacia Burgos. Y, naturalmente, desde ese contacto con el agua, brotará el recuerdo de otra agua más trascendente: “Oh qué de veces me acuerdo del agua viva que dijo el Señor a la samaritana”, algo que, ya desde niña, ha sentido emocionada y que le ha llevado a pedirle al Señor con ingenuidad “me diese de aquella agua” (V 30,19).

Y naturalmente, la presencia y abundancia del agua es lo que hace que una tierra se convierta en jardín en el que nacen las flores y no solo en sentido espiritual y místico, sino real. Dirá del lugar ofrecido por D. Bernardino para la fundación de Valladolid y aunque era de gran recreación por ser la huerta tan deleitosa, no podía dejar de ser enfermo, que estaba cabe el río” (F 10,3) por eso, se alegra de que su hermana D^a. María de Mendoza se lo permute.

Pero esto de buscar lugares apacibles, huertas grandes para sus conventos, siempre lo ha buscado. Dirá de la de Burgos, aludiendo a los contratiempos sufridos: “Bien nos pagó nuestro Señor lo que se había pasado, en traernos a un deleite, porque de huerta, vistas y agua no parece otra cosa” (F 31,39). Y sobre ello recomendará a María de San José, como algo que forma parte de su concepción sobre cómo ha de ser el asentamiento de sus conventos, como parte de su estilo propio: “Siempre advierta que es menester vistas más que estar en buen puesto, y huerta si pudieren” (Cta. 331,7). Y se siente feliz cuando puede disfrutar algo así; escribe al P. Mariano de su estancia en Toledo “el huerto es muy gracioso, las vistas extremadas” (Cta. 106,7), y a su hermano Lorenzo le dice: “Tengo una celdilla muy linda, que cae al huerto una ventana y muy apartada” (Cta.115, 2).

El agua, pues, las fuentes, los manantiales, los ríos y más si son caudalosos, las huertas, convertidas en vergeles, en jardines, las flores, el árbol plantado en medio de las aguas atraen su atención. Y tanto le enseña y seduce su belleza que, cuando quiera hablar de la hermosura del alma, nos dirá en el epílogo de las *Moradas*, hablando de sus espacios infinitos y deleitosos: “Aunque no se trata de más de siete moradas, en cada una de estas hay muchas, en lo alto, y en lo bajo, y a los lados, con lindos jardines y fuentes y laberintos, cosas tan deleitosas que deseareis deshacerlos en alabanzas del gran Dios que lo crió a su imagen y semejanza”. Esta es la clave. Toda la creación es hechura de Dios y quien sabe contemplarla así, ha de alabarle, a la vez que se recrea en el disfrute de su belleza, que será siempre una llamada especial que siente el espiritual y que, sin ser exclusivo del estilo teresiano, forma parte neta del mismo.

Claro que, hablando del amor a la creación en la Santa, no se puede olvidar la referencia que ella hace a diversas criaturas. En particular, la referencia tan original a la transformación del gusano de seda en mariposa de que nos habla en las quintas *Moradas* como el símbolo que explica la transformación del hombre viejo en el ser nuevo regenerado en Cristo: “Y acaba este gusano que es grande y feo, y sale del mismo capucho una mariposica blanca muy graciosa” (5 M 2,2) O la “araña que todo lo que come lo convierte en ponzoña, o la abeja que lo convierte en miel”; “abeja que labra la

miel (F 8,3), enseñándonos que la “humildad siempre labra como la abeja en la colmena la miel” (1M 2,8), y que así como no deja de salir a volar para traer flores, así el alma en el propio conocimiento (ib). Recomendando también: “estese la voluntad gozando de aquella merced y recogida como sabia abeja” (V15,6). Y hablando de humildad, no podía pasar desapercibido el recuerdo de la hormiga, con la que ella misma se siente identificada: “Pues créanme, crean por amor del Señor a esta hormiguilla que el Señor quiere que hable (V 31,21). Y sin embargo, la pequeñez no impide que Dios haga por ella cosas grandes.

“Oh grandeza de Dios y cómo mostráis vuestro poder en dar osadía a una hormiga” (F 2,7). Claro que esa osadía y fuerza viene de Dios. Porque, sin ella, no se tiene para nada: “Otro día viene que no me hallo con el ánimo para matar una hormiga por Dios si en ello hubiese contradicción” (C 38,6). Y aunque la hormiga sea el símbolo de la pequeñez, en ella se pueden admirar las maravillas de Dios: “Creo que en cada cosita que Dios crio, hay más de lo que se entiende, aunque sea una hormiguita” (4M 2,2). Grandeza de Dios.

Pero también nos hablará de águilas reales, invitando a los altos vuelos, a no andar arrastrándose como lagartijas, o andar pasito a paso como las gallinas. Y nos hablará de la necesidad de tener en las manos las riendas de nuestra razón para no andar como caballos desbocados, controlando nuestra alma y nuestro entendimiento “que hay unas almas y entendimientos tan desbaratados, como unos caballos desbocados que no hay quien los haga parar; ya van aquí, ya van allá, siempre con desasosiego” (C19,2), texto que en la primera redacción concluía con esta apreciación tan humana y de observación: “y aunque si es diestro quien va en él no pelagra todas veces, algunas sí, y cuando va seguro de la vida no lo está de hacer cosa en él que no sea desdón” (CE 30, 2).

Digamos, en fin, en gracia al punto final, que el humanismo de la Santa le lleva a no sentirse ajena a nada de cuanto sucede en la sociedad en la que vive, sacando siempre de su observación alguna consecuencia espiritual con lo que nos enseña que, efectivamente, lo importante es saber integrar todo lo humano en la vivencia espiritual y encauzarlo hacia Dios. Así, hay en sus escritos dos referencias curiosas en la primera redacción de *Camino* que no pasan a la segunda. La una es a los toros en la primera, para hablar de los peligros que corren los contemplativos y los que prescinden de la oración: “Y digo que es tan de espantar que no me maravillo se espanten, porque si no es muy por su culpa, van tan más seguros que los que van por otro camino, como los que están en el cadalso mirando al toro, o los que andan poniéndosele en los cuernos” (CE 68,5).

La segunda es la referida al juego del ajedrez: “Pues creed que quien no sabe concertar las piezas en el juego de ajedrez, que sabrá mal jugar, y si no sabe dar jaque, no sabrá dar mate” (CE 24, 1) disculpándose luego: “Así me habéis de reprender porque hablo en cosa de juego no le habiendo en esta casa ni habiéndole de haber. Aquí veréis la madre que os dio Dios, que hasta esta vanidad sabía”.

Alusión que fue tachada por el rigor del censor, ya que este juego se condenaba especialmente para los espirituales, considerándolo como grave inmoralidad para eclesiásticos y religiosos porque impedía tener devoción y atención al Oficio Divino.

El tema del humanismo teresiano daría para reflexión más larga, sin duda, pero baste lo apuntado para dar un índice, siquiera sea somero, de una serie de valores que lo integran —desde la alegría al amor de la naturaleza, de la gratitud al amor a la verdad, del humor a la admiración— a los que no podemos ser ajenos ni dejar de lado si de verdad queremos asimilar y vivir y dar testimonio de un estilo teresiano.